

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PERIODISTAS SEVILLANOS
LORENZO LEAL



El director del *Cronista*
es un muchacho modesto,
excelente novelista
y muy digno de su puesto.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA, XXXIX. Sevilla, por Sinesio Delgado.—Baturrillo, por *Fray Candil*.—Overtura d'El Corno, por Eduardo Bustillo.—Notas de mi cartera, por Constantino Gil.—La Mantilla se va, por Enrique Sepúlveda.—Epigrama, por Ramón Caballero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Lorenzo Leal.—Sevilla.—Del oficio, por Cilla.



Amigo Clarín: tiene V. razón. Si no fuera porque V. y yo estamos expuestos á que el mejor día nos hagan Ministros, como les pasó á otros muchos asturianos y gallegos, con menos ortografía que nosotros, era cosa de renunciar á la oriundez que por clasificación nos corresponde, y declararnos andaluces de nacimiento ó catalanes de profesión.

Aparte esto de conseguir carteras, en todo lo demás somos muy desgraciados, y la prueba está en lo que le ha sucedido á V. con el correo y en lo que me ha pasado á mí con un jamón que me remitieron desde Lugo. A pretexto de que había mucha nieve, y de que Lugo está muy lejos; y de que el hombre no vive sólo de pan, los empleados del ferrocarril se comieron el jamón por el camino, y á mí me entregaron una especie de arpa, sin síntoma alguno de carne.

Ciertamente que si aquí se *hiciese administración*, pero mucha administración, no pasarían estas cosas y todos los españoles seríamos iguales ante la ley y ante las empresas. Si el jamón en vez de venir consignado á mí, viniese á Balaguer, sólo por el hecho de ser catalán habría llegado incólume á manos del ilustre lírico, y podría éste obsequiar á sus contertulios, con sonetos y magras—y perdóneme el cerdo difunto la comparación.

Pero aquí no hay administración ni hay nada, á pesar de los esfuerzos de muchas personas serias, que usan corbata negra de lazo hecho; que no van al teatro, ni al café, ni á los toros, y se pasan la vida meditando sobre los males de la patria, la adulteración de los vinos y de la crisis de la industria taponera.

En cuanto veo una persona que mira con desdén los asuntos literarios, que no entra jamás en discusiones políticas, ni artísticas, ni religiosas, y dirige sus tiros á los cereales ó á la tributación ó á la guardería rural, me digo: —¡Ah, sí! Este es el hombre que necesitamos para el desarrollo de la riqueza pública, y para el fomento del sebo nacional. *Menos política y más administración.*

El día que esto suceda, ya verá V. cómo asturianos y gallegos recibimos las cartas con puntualidad, y cómo no se nos comen los jamones los del ferrocarril.

Y ya que tengo la pluma en la mano le diré, que me ha honrado V. mucho al dedicarme su último *Palique*.

Creo, como V., que no se deben permitir los latinismos; pero, después de todo, y si he de hablar con franqueza, la cosa me tiene enteramente sin cuidado. Peor sería, *verbi-gratia*, que mi chico me resultara sacerdote, ó que fuese á servir la sopa y me encontrase una composición de Arnao entre los fideos.

Ahora bien; no cabe duda que en la colección de *Celebridades contemporáneas*, han de figurar muchos *congrios*. Hay caballero aquí que está escribiendo su propia biografía con destino á la nueva obra, y hay otros, que se han presentado al editor para decirle:

—Buenos días. ¿Está V. bueno?

—No tengo novedad, gracias.

—Yo soy Lanzarote, el novelista.

—Muy señor mío.

—Y como á mí lo que me conviene es que mi nombre se extienda, porque tengo á mi señora con una afección

al hígado, y V. no sabe lo que se gasta habiendo enfermedades, venía á que me incluyese V. entre las celebridades esas.

—¿Ha escrito V. algo?

—Sí señor, ya he echado dos novelas á la calle; la una naturalista y la otra no, porque yo alterno.

—¡Ah, vamos!

—Y, en fin, quisiera salir en la colección aunque tenga que abonar algo.

—Se le sacará á V. ¿Tiene V. biografía?

—Debo tenerla, porque yo nací en Jadraque va á hacer ahora treinta años, sólo que no tuve más que padre y una tía. Mi mamá puede decirse que se murió antes de que yo naciera, porque no hizo más que parirme, y ¡tras! se acabó para siempre.

¿Qué va á hacer un editor ante un caso así? Pues nada; meted á Lanzarote entre los genios, y decid de él que es un novelista de buena cepa y un esposo modelo, y hasta un rubio agraciado.

¡Ay, amigo Clarín! Desde que V. falta de la corte, las cosas se van poniendo cada vez peor.

Ahora, para complemento de infortunios, nos quieren derribar la basílica de Atocha, que era nuestro refugio natural cuando nos cogía la lluvia por aquellos barrios; y lo peor no es esto sólo, sino que á consecuencia del anunciado derribo habrá que exhumar las cenizas de varios héroes allí sepultados, y esta es la fecha en que no sabemos aún adonde irán á parar aquellos ilustres restos.

Este es un conflicto de ultratumba que trae preocupada á mucha gente, y ha habido un Diputado, muy simpático y muy listo por cierto, que decía la otra tarde:

—Yo no puedo permitir que las cenizas del ilustre Palafox anden de Herodes para Pilatos, metidas en una espuerta, como si se tratara de una arroba de cisco. Me las llevaré á la fonda, y desde allí á la capital de Aragón, donde se rinde ferviente culto á la memoria del valeroso General.

¡Qué afán de derribarlo todo!

Pero ya verá V. cómo no derriban la Academia, que para nada sirve, aunque nos esté mal el decirlo.

Crea V., señor Clarín, que hay necesidad de hacer una campaña incesante y terrible, si hemos de evitar que el mal cunda.

Hasta la religión ha venido á menos, desde que V. se ha ido á vivir á Oviedo.

Antes, daba gusto ver á las chicas el Jueves Santo por la tarde, con sus vestidos de gró y su mantilla de blondas. Hoy no salen más que la *señá Bastiana* y la *señá Dolores*, buenas mozas ellas, pero deterioradas por el huracán de los años. La juventud no se engalana, como antes, y hay chicos tan excépticos, que en vez de rendir á Jesucristo el natural tributo, poniéndose la levita negra de largo faldón y el sombrero de copa, símbolo de respeto y de elegancia, se envuelven en un gabán, cálanse el hongo, y salen por ahí en clase de calaveras extravagantes, á echar piropos á las casadas...

Lo único que nos hace ver que estamos en Semana Santa, es el olor á cera procedente de los templos y el susurro cadencioso que emana de las tabernas, donde liban el néctar de la cepa los ociosos cocheros.

Por lo demás, nadie diría que á estas horas espira en el monte Calvario el Redentor del mundo. Pero ¿qué quiere usted esperar de un país en que están de moda los impermeables, y los hombres se peinan hacia abajo, como si fueran caballerías menores?

Es tal la desesperación que se apodera de mí cuando pienso en todas estas cosas, que no puedo continuar. Por otra parte, V. me comprende, y no necesito hacer más larga esta epístola.

Si no ha visto V. el último libro publicado aquí, y que lleva por título *La vida en Madrid en 1887*, yo se lo remitiré. Su autor, Enrique Sepúlveda, ha hecho una obra entretenida y agradable; Comba, Souto y Lhardy, la han ilustrado con preciosos dibujos...

¿Quiere V. que se la remita? Lo haré con mucho gus-

to, aunque me esponga á que no llegue á su destino.

Dado el sistema de comunicaciones que hoy rige, y la desdicha que pesa sobre los que, como V. y yo, hemos nacido lejos del mundo y sus pompas, á donde no llegan los efectos de la *administración* ni los resplandores de Cañete.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XXXIX

SEVILLA

¡Oh, gran Sevilla,
Roma triunfante en su mayor altezal
CERVANTES.

Comprendo á los artistas andaluces,
que inspirados, valientes y gallardos,
son pródigos de aromas y de luces
y de esencias de rosas y de nardos.

La guitarra, el azahar, la manzanilla,
la danza sin rival, suave y coqueta,
las mujeres de fuego... eso es Sevilla,
y eso es lo que resalta y maravilla
en el barro, el papel y la paleta.

Aviso á los señores forasteros
que no me tachen de alabarla tanto
si á los pasos primeros
tropiezan con la hiel del desencanto
(como dicen los vates lastimeros).

Porque tiene Sevilla un doble fondo
y hay que ver muy despacio lo que encierra,
casi tan hondo como el cante *fondo*
que ha prestado carácter á la tierra.

El pueblo sevillano,
como pueblo no más, como recinto,
es un montón de casas, sobre un plano
musulmán con retoques de romano
revuelto y desigual. Un laberinto.

Y así, á primera vista
no es extraño que el alma se acobarde
creyendo que aún no ha hecho la conquista
el Rey Fernando el Santo, que Dios guarde.

¡Error de los errores!
Sólo en aquellas calles tan estrechas
se aspiran los perfumes de las flores,
y rebosan la gracia y los amores
en sentidas endechas...

Aquí es donde encuentro
la explicación sencilla
de que el dichoso que la ve por dentro
se quede enamorado de Sevilla.

Si yo fuera andaluz, si yo tuviera
la inspiración brillante
que del Bétis se cría en la ribera,
y aunque, espléndida á veces, exagera,
no parece que dice lo bastante,
entonces os diría
cuál es el manantial de poesía
que todo lo embellece
y con el cual subyuga y enloquece
la hermosa capital de Andalucía.

Pero á falta de pan, buenas son tortas,
lo diré sin *ceceo*, en castellano,
y en las frases más cortas
que me pongan las musas á la mano.

Es aquello la magia del perfume
y el torrente de luz y de armonía
que luego se condensa y se resume
formando el *no se qué* de la alegría
que, partiendo del barrio de Triana
de la gente gitana,
juguetea en las márgenes del río,
y atravesando el puente
anima aquel sin fin de callejuelas,
y estalla en las mujeres de trapío
de sangre mora, ardiente,
que piden al andar, las castañuelas.

Es el patio andaluz, lleno de flores,
de aroma y de armonía,
donde incita el misterio á los amores,
y donde puso notas y colores
la diosa que inventó la poesía.

Es el rico tesoro
de sueños y grandezas
que en sus gotas encierra el vino de oro

que por igual calienta las cabezas
del más encopetado señorito
que se emborracha en casa de *Juanito*,
y el más humilde obrero
que jalea á las ninfas del *Burrero*.

Es aquella Giralda, aquel gigante
airoso como *Jembra* sevillana,
que enseña un paraíso deslumbrante
desde cualquier ventana;
y el alcázar aquél de filigrana
donde en prolijas y sin par labores
derrochó sus primores
toda la esplendidez mahometana.

Es el Guadalquivir que va ondulando
como enorme culebra, (1)
y se aleja cantando
un aire del país, típico y blando
cuando en los buques, al pasar, se quiebra.

Es el paseo aquel de las Delicias
la vía interminable, encantadora
á quien dan las primicias
de su fecundo amor Céfiro y Flora...

Es la venta Eritaña,
donde se abrasa el alma de cualquiera
cuando se choca la repleta caña
con la de una *agradable* compañera.

Esto es Sevilla y este el fundamento
de que sea su esclavo eternamente
quien la goza un momento;
¡y el que dijere lo contrario mientel
como decía el andaluz del cuento.

SINESIO DELGADO.

BATURRILLO

Aún me zumba en los oídos el enorme y soporífero discurso de Villaverde acerca de los cereales. Cuidado si se necesita paciencia para estarse tres ó cuatro horas oyendo un discurso de Villaverde á propósito de los frutos farináceos. Y cuenta que tres ó cuatro días antes *me soplé* íntegro otro discurso de Cánovas acerca de lo mismo. ¡Qué longaniza! ¡Qué *oración* tan fastidiosa!

Oyendo á Cánovas me acordaba de lo que decía San Víctor de Goethe, refiriéndose á los *Años de viaje*: «Cuando Goethe se propone fastidiar, llega á ser el Júpiter lluvioso del fastidio.»

No crea Cánovas que le comparo, ni por pienso, con el *Gran Pagano*. Goethe se *proponta* ser fastidioso, al paso que Cánovas lo es porque le nace. Parece amasado con adormideras.

Mientras hablaba Villaverde, Cánovas se entretenía en hacer molinetes con el bastón. Quizá en aquellos momentos se decía Cánovas:—Pero ¿quién te mete á hablar de lo que no entiendes, apaleador de estudiantes?—Cánovas entra en el Congreso con bastón. ¡Y qué feo es D. Antoni! Yo no le conocía. Había, sí, oído hablar de su fealdad, pero sospechaba que serían exageraciones de sus enemigos. Es feísimo, pero no *formalísimo*.

Cuando Cánovas hablaba del comercio de la India y de las pampas de la América del Sur, Sagasta, echado indolentemente, como un esclavo, le miraba con una sonrisa burlona, como diciéndole:—Sí, cereales, comercio de la India, las pampas... Lo que tú quieres es sentarte aquí, en mi puesto; pero pierdes toda esperanza, que lo que es yo no me muevo de aquí, así me lluevan Salamancas y Tetuanes...

Entre Cánovas y Sagasta, me quedo con... Sagasta. A mí me es más simpático, y su manera de hablar me gusta. No posee, ni con mucho, la cultura del *Cantor de Elisa*, pero tiene más *trastienda* y más astucia.

Sagasta tiene mucho del gato. Sabido es que el gato, mientras puede escurrir el bulto, rehuye toda riña. Pero cuando le acorralan... entonces saca las uñas y hay que temerle.

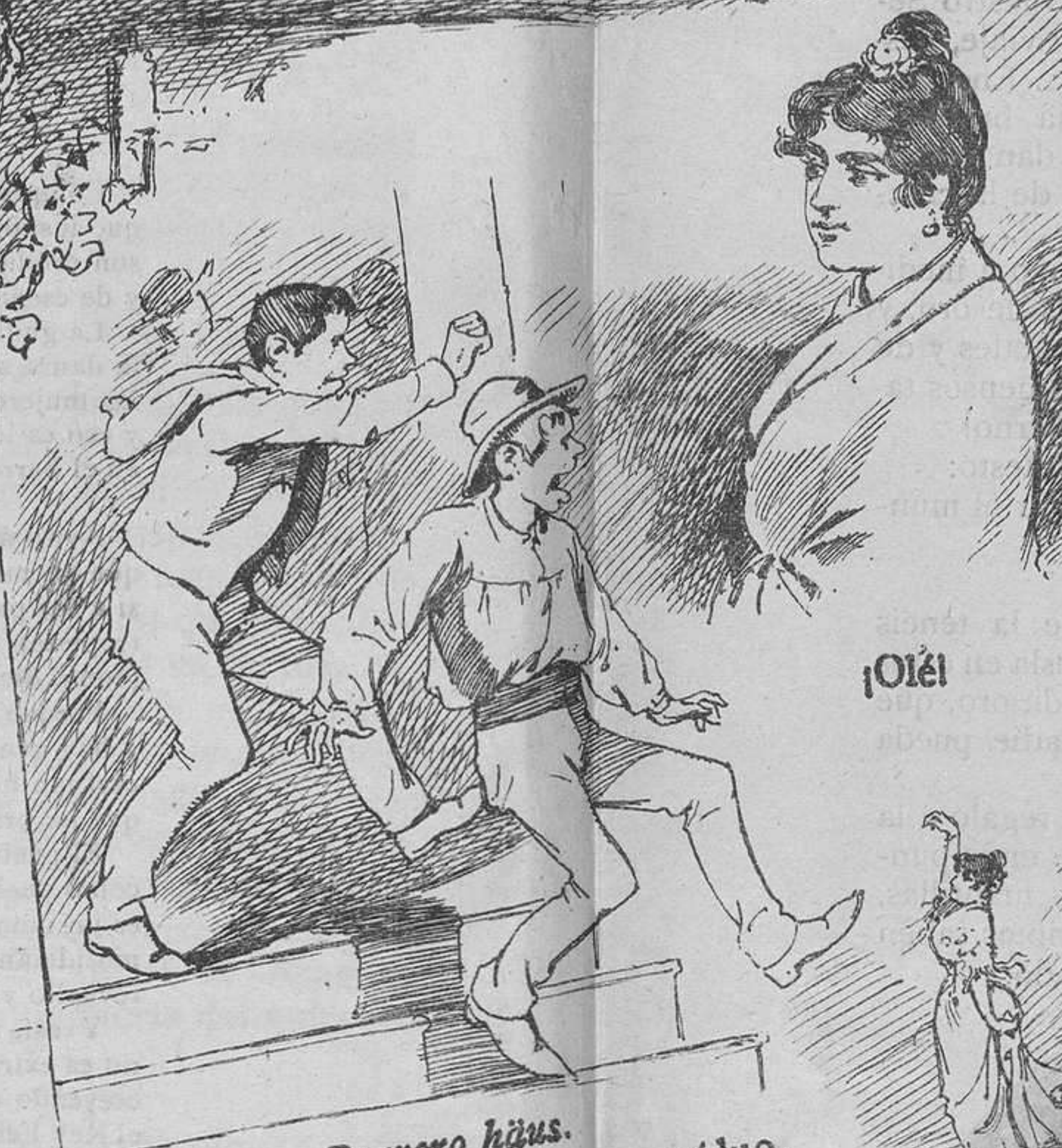
Cánovas, en un debate con Sagasta, dirá como el de la *Triste Figura*: «¿Leoncitos á mí?» Pero lo cierto es que Sagasta hace lo que los leones: mira á una y otra parte, y con gran flema se echa en la jaula. Verdad es que en el Parlamento, lo que menos falta hace es el saber.

No se discute nada serio, de resultados prácticos, nada que interese al país. El que no tiene nombre, escandaliza á fin de adquirirlo. El que ha sido ministro, trata de echar abajo al que lo es. El que tiene ingenio, esgrime las armas de la sátira contra el adversario que se las echa de hombre grave y reflexivo.

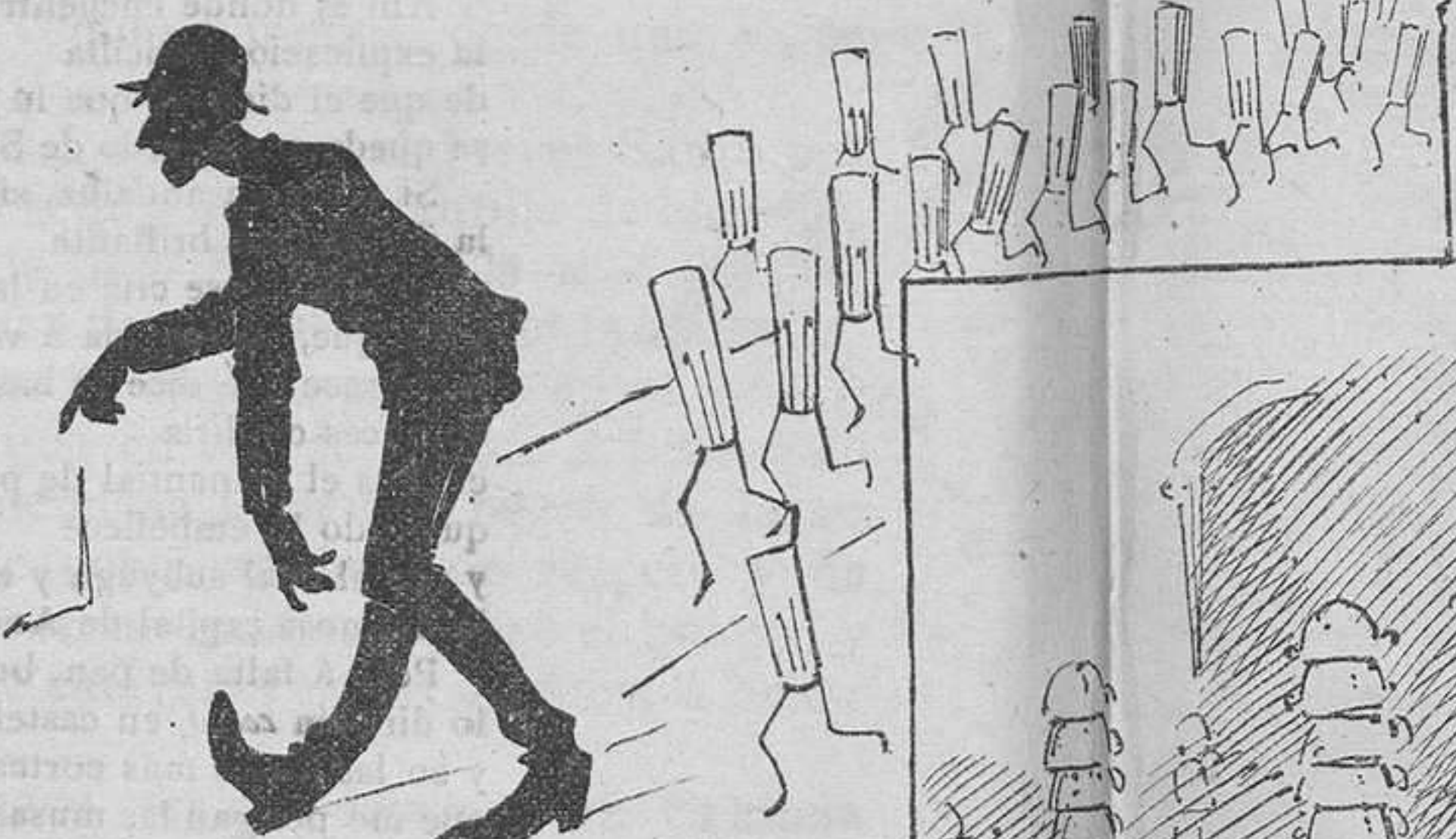
Recuérdense los tiquis miquis de Romero Robledo con León y Castillo á propósito de si el Sr. León y Castillo estaba ó no enfermo.—Su señoría—gritaba Romero—debe llamar un médico, porque S. S. está en artículo de muerte.

(1) Lagarto, lagarto, lagarto. (Esto no lo entenderán todos los lectores; pero con que lo entiendan los andaluces, basta.)

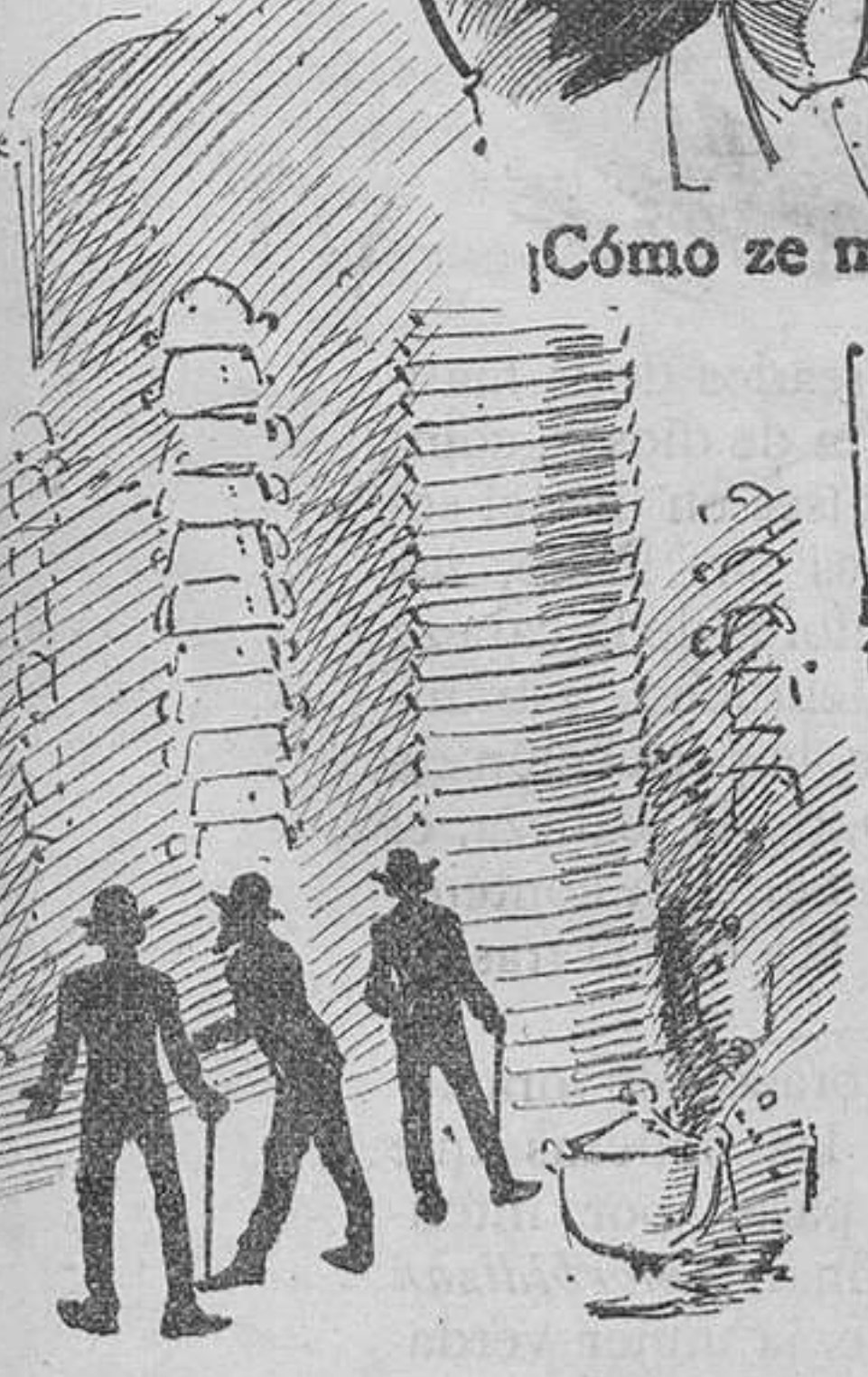
SEVILLA



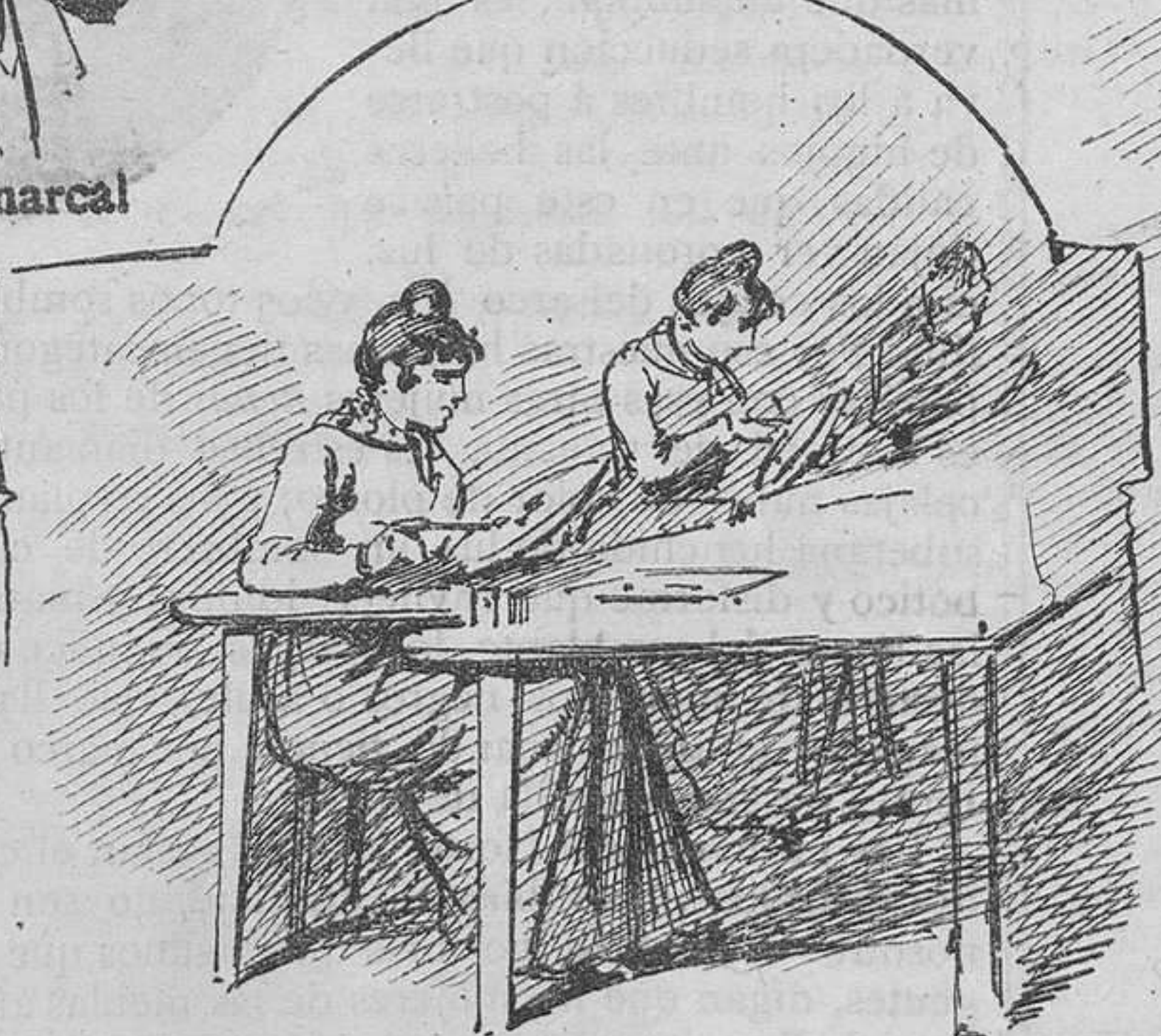
Burrero háus.
La despedida de un parroquiano asiduo.



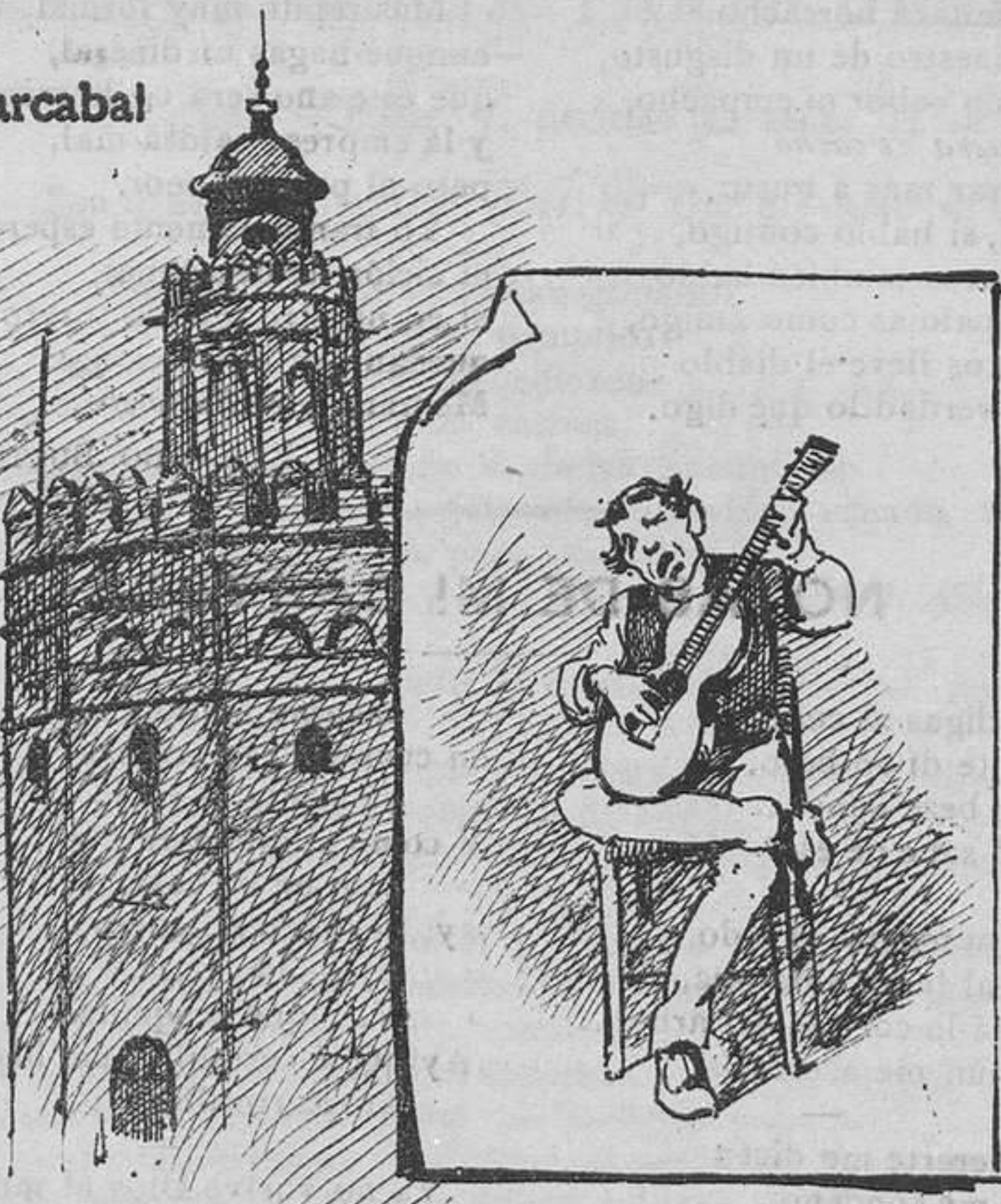
Un señorito que se va á acostar bien acompañado.



En la Cartuja.



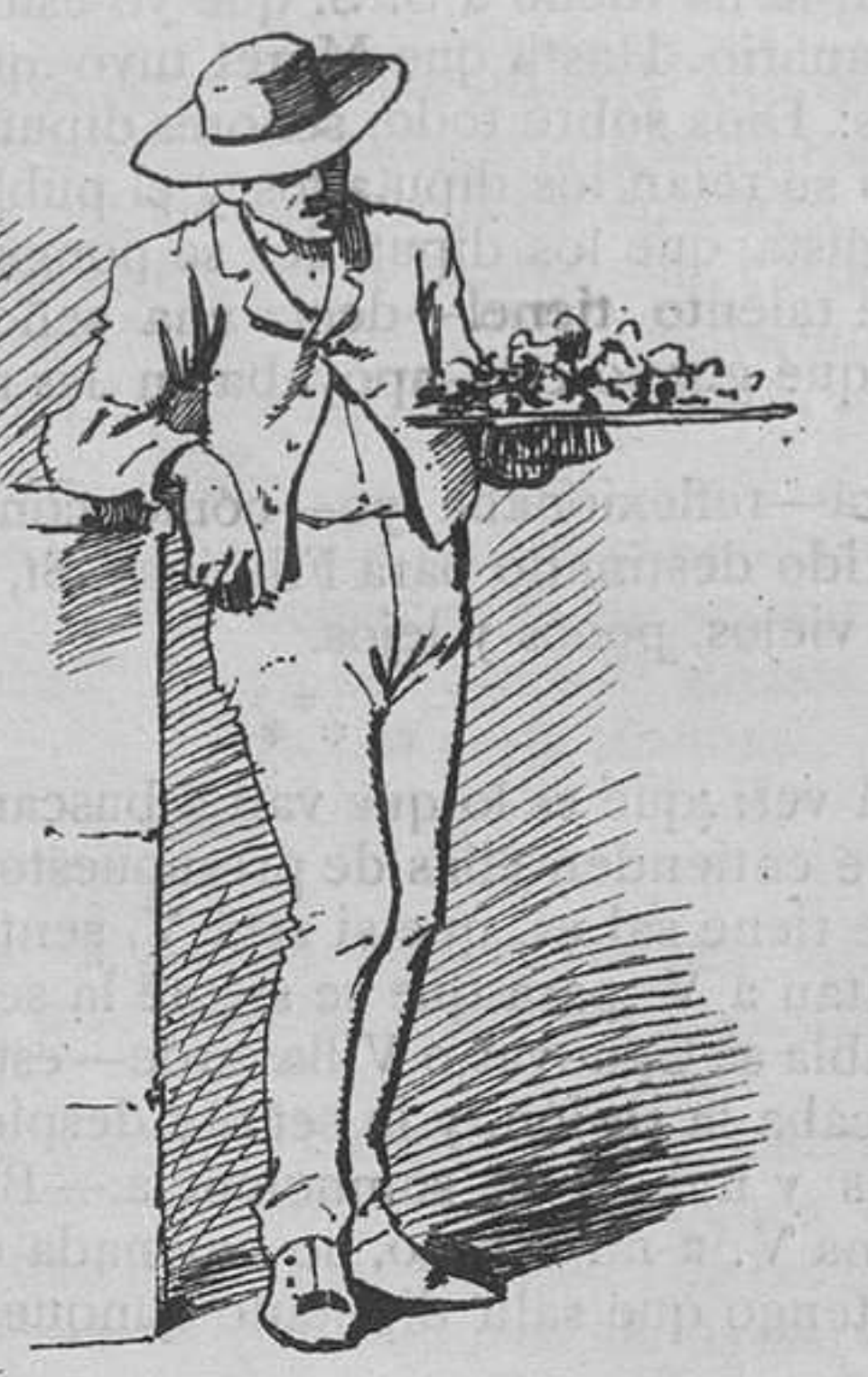
Las operarias.



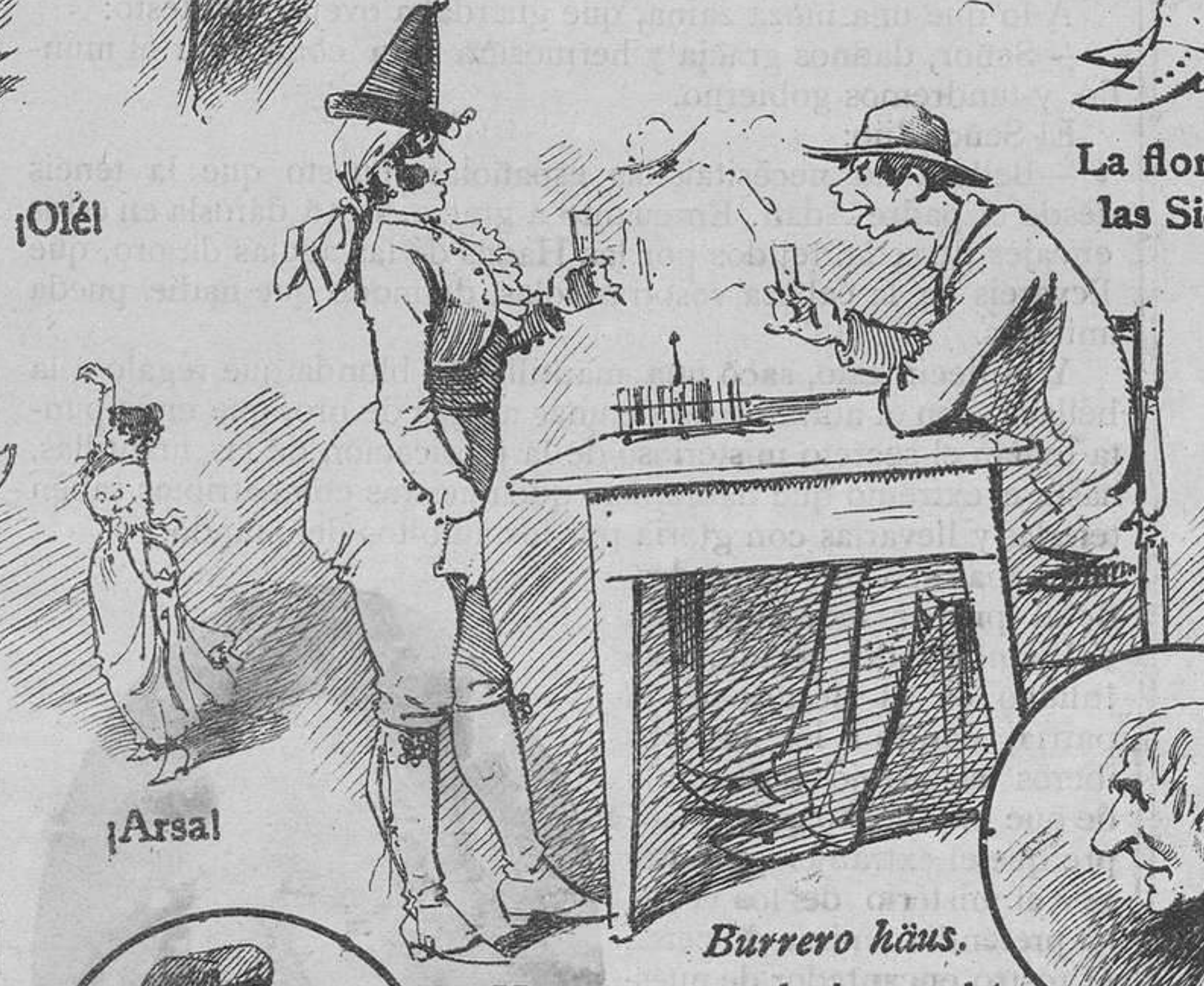
Las peniyas que se cantan son las peniyas más grandes, porque se cantan llorando y las lágrimas no salen.



En el puente de Triana me encontré á este cabayero, yo no sé si ha sío el lunes ó el domingo por la tarde, la verdá que no macuerdo.



Vicentiyo el florero.



La flor de la calle de las Sierpes.



Debajo del puente.



¡Cómo ze marcaba!

Burrero háus.
-Vaya por tu salusita, gachí.
-Vaya por la tuya, gachó.

¡Cómo ze marcaba!

—¿Quién le ha dicho á S. S. que yo estoy enfermo?—rugía el Ministro canario. Hasta que Moret tuvo que echarles el capote, diciéndoles: Dios sobre todo, señores diputados.

¡Y cómo se reían los diputados y el público del *Paraiso!* Eso es lo que gusta: que los diputados se pongan cual no digan dueñas.—¡Qué talento tienen!—decía una señora que estaba á mi vera.—¡Y qué guapo es!—apoyaba en las mismas narices de su marido.

Usted verá—reflexionaba yo—cómo con todos estos elogios sale el marido destinado para Filipinas. Sí, á Filipinas. Parientes y... trastos viejos, pocos y lejos.

* * *

Vamos á ver: ¿qué es lo que van á buscar las mujeres al Congreso? ¿Qué entienden ellas de presupuestos y de... cereales?

Y lo que tiene sal es, que si está V. sentado y llega una señora, le levantan á V. para que se siente la señora. Al poco rato—si el que habla es Cánovas ó Villaverde—está la señora cabeceando. Y se acaba la sesión, y la señora despierta murmurando entre bostezos y nubes de somnolencia.—Bueno, *concedido*; pero si no destina V. á mi esposo, no hay nada de lo dicho...

¡Oh, yo tengo que salir diputado aunque sea por... *Majara-bamba!*

FRAY CANDIL.

OVERTURA D'IL CORNO

Pascua de Resurrección:
llega el taurino ciclón,
que yo os anuncio, espantoso,
sin ser sabio, ni León,
ni mucho menos Hermoso.

Habréis ya visto el cartel
que, á tres tintas y *al pastel*,
presenta á la heroica villa
los nombres de Rafael,
el *Currito* y Hermosilla.

También nos ofrece al Guerra,
y han de salir á la plaza,
si en esto el cartel no yerra,
los bichos de buena raza
andaluza ó de la tierra.

Aunque entre su piel en platos
con la rasqueta y la bruza,
finos de pelo; ¡qué ratos
nos han de dar muchos gatos
de esta tierra y la andaluzal

Y habrá aquello de «¡al corral!»
con bronca monumental
para el señor presidente,
que es la víctima *vigente*
de la fiesta nacional.

Y no faltará borracho
que al maestro dé un disgusto,
porque, sin rubor ni empacho,
se tira fuera de cacho
para cobrar más á gusto.

Rafael, si hablo contigo,
con los otros también hablo,
dándoos palmas como amigo,
y á todos os lleve el diablo
si no es verdad lo que digo.

Madrileño ó cordobés,
todo el que lidie una res,
luzca bajo la montera
brazo y ojo y muchos pies
y mucha sangre torera.

Tú, que de aquél de Triana,
brillaste ya en las cuadrillas,
luciendo, en edad temprana,
entre gente muy *barbiana*
tus pares de banderillas;

sin ser una criatura,
y aun con plata en la coleta,
en la brega larga y dura,
cuando quieres no hay Miura
que resista tu muleta.

Cuando quieres, Rafael;
porque cuando tú no quieres,
es la plaza una *Pabel*,
y hasta lloran las mujeres
mirando hacia el redondel.

Pero hoy que, más descansado,
con Guerra matas... y aun picas,
no te den *ellas* cuidado;
que, estando el chico á tu lado
ya se alegrarán las chicas.

Mas repito muy formal,
aunque hagas un dineral,
que este año será un horror,
y la empresa saldrá mal,
pero el público peor.

Yo tranquilamente espero
el ciclón de desazones,
si en nuestro mundo torero
quedan dos instituciones:
Medrano y el *Buñolero*.

EDUARDO BUSTILLO.

NOTAS DE MI CARTERA

No le digas al cura
que te dí un beso.
Si ese no besa nunca...
¿qué sabe de eso?

Quisiera tenerte al lado,
tan al lado, vida mía,
como está la corteza del árbol...
¡Y aún me acercaría!

Por quererte me dicen
que me condeno.
¡Anda, que me condenen!
¡Pues si es tan buenol!

Primero hizo Dios al hombre,
en seguida á la mujer,
y después... ¡no vale nada
todo lo que hizo después!

Alguien que está en mi cuerpo

siempre metido,
en cuanto tú te acercas
ya siente el ruido.

Y como si estuviera
sólo en su casa,
¡ay! Por todo mi cuerpo
corriendo pasa.

Y... ¡qué cosquillas!
¡Ay! ¡Qué cosquillas me hacen
sus carrerillas!

Ya no vuelve Dios al mundo
porque tiene otros *quehaceres*;
lo más que hace es mirar por
los ojos de las mujeres.

Cuando te ví, lo dije:
¡Jesús, qué cara!
¡Cómo me la comía
si me dejara!

¿De dónde vengo? No sé.
Ni tampoco á dónde voy,
ni cuando me pararé.
¡Adelantadito estoy!

Vengan males, y todo
lo que Dios quiera.
En quedando mujeres
vive cualquiera.

¡Ay! ¡María Santísima de mi alma,
qué pié tan chiquitol!
¡Que se tenga una torre como esa
en ese poquitito!...

Anda, acerca esa boca,
no me la niegues.
Pero, déjala un rato;
más que te pegues.

CONSTANTINO GIL.

LA MANTILLA SE VA...

Cuentan que pasando revista de inspección á la tierra, la obra magna del Creador, á cada paso que daba por ella, Nuestro Señor se mostraba satisfecho, pero no entusiasmado del viaje, hasta que penetró en España por las costas del Mediodía. Enseguida vió la vid jerezana de ópimos frutos, que destella burbujas de oro; vió las tierras del pan y los garbanzos que dan ciento por uno, bajo los rayos tutelares del astro hermoso de la creación.

—Buena tierra—diz que exclamó para sí, y se detuvo á meditar junto á un arroyo que llevaba entre guijas pepitas de oro, y serpenteaba muy lejos entre prados cubiertos de frutales y de flores aromáticas, y extensos campos semejantes á inmensos tapices de púrpura y oro.—¡Buena tierra si tuviera gobiernol!

A lo que una moza zaina, que guardaba ovejas, contestó:

—Señor, dadnos gracia y hermosura para conquistar el mundo, y tendremos gobierno.

El Señor dijo:

—Belleza no necesitáis las españolas, puesto que la tenéis desde el padre Adán. En cuanto á gracia, voy á dárosela en estos encajes de seda, tejidos por las Hadas de las agujas de oro, que llevaréis en la cabeza vosotras solas, de modo que nadie pueda imitaros.

Y al decir esto, sacó una mantilla de blonda que regaló á la bellaca, con el aditamento de unas agujas de oro, que en la punta tenían el secreto misterioso de la fabricación de las mantillas, hasta el extremo que nadie más que nuestras compatriotas saben tejerlas y llevarlas con gloria por los ámbitos del mundo.

La mantilla fué, pues, desde el primer momento gala del amor y del recato, que influyó en el destino de la patria, dando á los varones iberos el arrojo indomable de que han hecho gala, siempre que el extranjero, atraído por el misterio de los velos, ha pretendido mirar de cerca el rostro encantador de nuestras mujeres.

Bajo un cielo siempre azul, tachonado de estrellas resplandecientes, ese trapo precioso es más que un símbolo; es una verdadera seducción que lleva á los hombres á postrarse de hinojos ante las bellezas cálidas que en este país se dejan ver coronadas de luz, con los celajes del arco iris, y los tonos sombreados de la mantilla. Por eso nuestras hermanas tienen categoría de diosas, comparadas con esas otras mujeres *ñoñas* de los países en que el sol es huésped de tránsito, las estrellas diamantes sin brillo, los celajes nubes de color de plomo, y los resplandores de la cabeza soberana henchida de luz, un sombrero de cucurucho, estrambótico y disforme que envilece, idiotiza y mata la perfección de las líneas del semblante, los rasgos olímpicos de la cabeza, el destello de unos ojos negros ó azules, que llaman á la contemplación y al amor, cuando tienen por marco las ondas trasparentes de una mantilla de encaje.

Las puritanas del Norte; las que gastan el corazón en oraciones distraídas; las rubias á nativitate, no son las bellezas que nosotros estimamos, por más que algunos que pasan por inteligentes, digan que las mujeres de las nieblas afinan y *morbidizan* la piel. Para nosotros, y para mí especialmente, la mujer verdaderamente hermosa empieza del lado acá del Guadalquivir, en la tierra del sol que dora la piel, la quema en ocasiones y la endurece con sus mordeduras de fuego, pero en cambio llena el espíritu de alegría y pasión. Para mí las mujeres verdaderamente bellas, no son las flamencas de aire somnoliento, ni las inglesas de tez barroza, sino las morenas de calidad, acostumbradas



J. Comas

á los galanteos de ese D. Juan Tenorio de las alturas celestes, que al besarlas en la frente, infunde gracia y vida y amor en el alma de nuestras mujeres.

Repito que siempre tuve odio al sombrero de cartón, y cariño á la mantilla de blonda. Pero desde que la invasión de los tales embelecocos ha venido á perturbar las lindas cabecitas de nuestras compatriotas, volviéndolas feas y tontas á puro de estrafalarías; desde que es un hecho—bien triste por cierto—la abolición de la mantilla, y no se ven por esas calles más que sombreros absurdos, mi indignación no tiene límites. Si yo fuera alcalde como Abascal, mandaría echar un pregón condenando á las arrebatadas (que al aceptar el sombrero, olvidan la mantilla de sus abuelas) á vivir á pan y agua.

Hay que silbar por decencia ese apéndice intruso; hay que arrojarle de los guardarropas que tomó por sorpresa; pues no necesitamos de sus *hechizos* anónimos para adorar á nuestras hechiceras. Aquí puede más una mujer de las Vistillas, con la mantilla liada al cuerpo y el rostro velado por raudales de tul ondulando con gracia, que todo el repertorio de estatuas griegas de los museos, que los bustos de la Roma pagana, que las hembras pudorosas de la Circasia, que las Venus negras de la Nubia, y que los abortos de la moda ligera que cultivan, devotas en Francia, las cocottes, y en todas partes sus adeptas abigarradas, desfiguradas por el morrión de ordenanza y la tohalla de Venus.

Aquí la mantilla es sagrada, como la bandera. Bajo sus pliegues artísticos oculta ojos como luceros, que roban el alma y la ennoblecen, dándole alientos para morir por la patria. Aquí, en esta tierra, española, de los *cármenes* y pensiles, ha vivido siempre junto al clavel y la rosa; ella nos hizo adivinar el ideal platónico de una reja en una noche de luna, y por ella surgieron espontáneas la poética serenata y las primeras puñaladas del amor exaltado por los celos; íntima hermana del devocionario, sirvió en los templos para que la mirada ardiente, clavada en el altar, tuviera rayos oblicuos, fluidos magnéticos, que filtrándose por el ángulo de los ojos y por las blondas, permitían ver á los que estaban en la sombra; entusiasta por las corridas de toros, proporcionó á la mujer el triunfo completo y definitivo en todas las plazas de la Península ibérica, porque le dió el apresto seductor de nuestra maja, oliendo á rosas, y le permitió lucir con desenfadado púdico el garbo nativo, y esgrimirlo en rededor, y explotarlo haciendo víctimas con la gracia arrebatadora de las duquesas de Pepe-Hillo.

Habiendo sido y siendo todavía realce de las caras bonitas, y antojo de los que se desviven por ellas; tentación de varones castos y envidia de mujeres marchitas; banderín de novios; regocijo de maridos, y exaltación vigorosa de encantos y formas esculturales, ¿puede en buena ley decretarse, como acaba de hacerse, el destierro de la donosa mantilla indígena? ¿Han visto ustedes alguna mujer fea... con mantilla de encaje?

No; eso no puede suceder. Abajo, pues, los cubiletes de la *fashion* cursi, y vivan las mantillas.

Si esta reconvencción amistosa á las damiselas afrancesadas, que abandonan la *hermosísima* mantilla por el *fetsimo* sombrero, y los contornos reales por el estúpido polisón, pudiera dar resultado, me alegraría en el alma. Tengan ellas prudencia y más amor á la feracísima tierra que, por causa de la mantilla, con ó sin madroños, nos envidian todas las mujeres feas ó bonitas, y todos los hombres casados ó solteros del universo mundo.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

EPIGRAMA

Juan, que friolero es,
porque ya va siendo viejo,
tiene un hermoso pellejo
de oveja para los piés.

Y al verle entrar, á Leonor
suele decirle su madre:
—¡Saca el pellejo á tu padre
á ver si así entra en calor!

RAMÓN CABALLERO.



Ya estarán VV. enterados del belén *habido* entre *Noherlesoom* y el director del Observatorio de Madrid.

Del cual se deduce que el susodicho Observatorio no tiene otra obligación que la de anunciar que está lloviendo cuando caen chaparrones, y que lo de predecir las revoluciones atmos-

féricas es un trabajo que debemos encomendar á Nueva-Yorck, sin meternos, por nuestra cuenta, en más averiguaciones.

La filípica del director fué violenta, y, á mi entender, desprovista de razones sólidas; la réplica de Noherlesoon, cortés y digna, revela, por lo menos, un hombre de espíritu superior.

Total. El señor director, en buena ley, ha perdido su plaza.

✱
Mi perro no es persona
porque no sabe hablar,
y cuando habla es un bestia
don Fulano de Tal.

✱ De modo que en la vida
nunca se ha de acertar,
ya por carta de menos
ya por carta de más.

J. E.

✱
La vida en Madrid en 1887.

D. Enrique Sepúlveda ha puesto á la venta este libro, del cual se han agotado dos ediciones en cuarenta y ocho horas. ¿Qué mayor elogio?

El Sr. Sepúlveda se ha propuesto condensar anualmente en un tomo la revista de todos los acontecimientos dignos de mención que preocupen ó deban preocupar á la corte de las Españas. Es pues, una historia amena en que abundan los datos, las noticias, los detalles de cuanto sucede en este hervidero. Como se vé, la idea es buena y el autor la desarrolla hace tres años con inimitable acierto. El tomo que acaba de publicarse, no sólo no desmerece, sino que aventaja á los anteriores.

En él se describen con delicioso gracejo y chispeante talento crítico, en estilo primoroso, todas las notas salientes del año próximo pasado. Ayudan la tarea del cronista innumerables dibujos de Comba, diez alegorías de Souto y un agua fuerte de Lhardy. Todo está allí. Retratos, tipos, monumentos, caricaturas... El conjunto no puede ser más elegante. Y conste que no me extiendo más porque el Sr. Sepúlveda me ha coartado la voluntad, dedicando al MADRID CÓMICO un extenso capítulo en que nos abruma con alabanzas inmerecidas.

¡Pues si no fuera por eso!

Y ahora, para contestar á los suscritores que me lo preguntan, diré que el tomo cuesta cinco pesetas, y que los pedidos deben dirigirse á casa del autor, Conde de Aranda, 5, bajo.

✱
Los acreditados editores J. Matarredona y hermano han tenido á bien remitirnos un ejemplar de la obra titulada *El Papa y los peregrinos*.

Es una curiosa crónica de la última peregrinación á Roma, escrita con criterio independiente por el ilustrado librepensador Próspero Marsigli, y traducida por P. Biosca.

El libro cuesta una peseta. Cómprolo el que tenga la dicha de poseer tan respetable suma.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. Lisardo Ausenne.—¿Quiere V. decirme las señas de su domicilio?

Cartulina.—Eso tiene una dificultad. ¿Cuál es? Que el ritmo se ha ido de paseo.

Sr. D. E. Z.—Córdoba.—Como están tan gastados
salen pamplinas
los versos dedicados
á las vecinas.

K lentitos.—¡Qué lástima que abuse V. de las asonancias!

Sres. D. V. N. y A., y D. M. C. y H.—Madrid.—Han echado ustedes á perder una idea. ¡Ahí había asunto para tres actos!

Truchimán.—Entre hacer coplas y freir espárragos, debè V. optar por la freidura.

Sr. D. L. M.—Málaga.—Ha pasado la oportunidad. Por que ¿quién se acuerda á estas horas de aquéllo?

Sr. D. J. C.—Valencia.—Cada tomo encuadernado cuesta 12,50 pesetas. Sin encuadernar, 10. El primer tomo es de 1883.

Sr. D. R. S. C.—Tiene, como único defecto, la inexperiencia que salta á la vista.

Aereolito.—Y esos epigramas revelan la inocencia más encantadora.

I Ziliista.—El verbo hablar se escribe con h, por lo menos hasta que triunfe Pegna y Gogni. Ello es malito además.

Cara.—¡Dale bolal que no podemos contestar á todo el mundo Por lo demás, ¡me gusta la modestia, hombre!

Sr. D. J. C.—Paniza.—Sientó muchísimo el percançe; pero cuando ha llegado su carta se habían cobrado las letras, y juzgo imposible que en la Administración puedan averiguar lo que desea.

El autor.—Para brindis, bueno; pero en el periódico...

Bufa-puvsols.—Leo el título: ¡Valla unos huéspedes! Y, francamente, no puedo seguir adelante.

Sr. D. G. C.—Valderrobres.—Basta con poner el título del periódico, y calle del Divino Pastor.

Recia Grecia.—Vulgaritas vulgaritatis et omnia vulgaritas.

Viriato.—Fugite: tu quoque eundem defectum.

MADRID 1888.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934

DEL OFICIO



—Pus pa que tú veas, la Comadreja me ha nombrao su ayudante de campo.

—¿Y eso qué es?

—¡Ay qué panolil Pus el que apanda los relojes en las romerías. Ello mismo lo ice.

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar 20 pesetas

Encuadernado en tela 25

Cartulinas sueltas (cada una) 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.